



La Policía libanesa rodea la Embajada de los Estados Unidos en Beirut, frente a la cual, grupos de manifestantes se concentran con pancartas alusivas a la participación yanqui en las recientes incursiones israelíes sobre territorio libanés.

los comandos israelíes con los servicios de información de Estados Unidos. Armin Meyer, que fue embajador de Estados Unidos en el Líbano, está ahora en una sección del Departamento de Estado que lleva el contacto con los servicios de información de Israel, para facilitarles todos los detalles y todos los informes recogidos durante su estancia diplomática en Beirut (el Departamento de Estado niega este aserto; se limita a decir que Meyer dirige una oficina encargada de «contener el terrorismo internacional»). Incluso sostiene que la operación fue dirigida desde las oficinas de la Embajada americana, y con intervención directa de automóviles y agentes de Estados Unidos. Lo cual se desmiente en Washington y en Israel, como es natural.

ARAFAT amenaza con represalias. La voladura de la refinería de At Zahrani, efectuada el sábado, puede que sea la primera de ellas. La refinería estaba situada en territorio libanés, pero su capital y sus técnicos eran de Estados Unidos. Pero Arafat habla de algo más, de «venganzas terribles», para las que quizá sea preciso esperar algún tiempo («no perdemos nada por esperar»), pero que asombrarán al mundo...

LA perspectiva es, por consiguiente, un nuevo acto cometido por los palestinos en cualquier lugar del mundo, o en el mismo Israel —como fue la matanza del aeropuerto de Tel Aviv—; y a continuación, una nueva represalia israelí. Ninguno de estos actos será resolutorio. Tampoco lo sería, probablemente, una guerra. Por las condiciones geográficas, Israel nunca puede ganar una guerra definitiva a los países árabes, porque no tiene capacidad para ocuparlos todos. Su guerra óptima fue la llamada «de los seis días», que le permitió una destrucción casi total de las fuerzas adversarias y una postración moral de sus enemigos. En cuanto a la victoria definitiva de los países árabes sobre Israel, no parece posible en tanto que estos países continúen desunidos, en tanto temen a los guerrilleros y a sus pueblos como portadores de la revolución que algunos de estos países tratan de contener, en tanto no estén suficientemente armados por la URSS —se dice que los envíos de armas, que habían sido interrumpidos, se reanudan ahora— y mientras continúen, por razones de sus difíciles políticas interiores depurando sus propios ejércitos e impidiendo la creación de una oficialidad eficaz y técnicamente preparada. Está claro que estas referencias se dirigen principalmente a Egipto y al amenazador Sadat. Que quizá algún día se vea obligado a cumplir sus propias amenazas, y lo hará en contra de su voluntad.

LA alternativa es un entendimiento entre la URSS y los Estados Unidos; un entendimiento que comience por delimitar sus propias ambiciones en el Mediterráneo y termine por un desarme de Israel por parte de los Estados Unidos, lo cual no parece nada fácil. Las perspectivas de arreglo negociado son tan difíciles como las de resolución por vía militar. Hay que esperar a que en los próximos tiempos los golpes de mano continuarán, de un lado y de otro; e incluso que en las zonas fronterizas y en los territorios ocupados haya algunos cambios de disparos, algunas agresiones, incluso una apariencia de guerra localizada.

ESPAÑA Y MÉXICO: UN INCIDENTE PURAMENTE VERBAL

Las preguntas del periodista español Enrique Laborde al Presidente Echeverría, de México, en París, han reavivado la vieja y molesta cuestión del reconocimiento diplomático entre los dos países: Echeverría ha recordado que su país mantiene relaciones con la república española, a la que considera como existente en el exilio (y a cuyos prohombres en París ha recibido), y que en el caso de producirse en España la coyuntura sucesoria prevista por las leyes, su gobierno estudiaría la cuestión. El gobierno español ha debido responder considerando las manifestaciones de Echeverría como «una intolerable injerencia en los asuntos internos españoles». Hubiera conocido el periodista español la tradición mexicana de invariabilidad en la política exterior, el peso de la doctrina Cárdenas y la importantísima presencia de los republicanos españoles en los últimos treinta y cinco años en muy decisivas ramas de la cultura mexicana y se hubiese ahorrado la pregunta y el incidente, aunque la realidad es que un periodista no tiene por qué ser un diplomático, y su labor consiste más en poner de manifiesto las cuestiones que en ocultarlas.

La cuestión es que México mantiene unos principios visibles, aunque su política sea luego muy otra. Siendo su línea política la más aproximada a Estados Unidos de todo el subcontinente, y no sólo por la peligrosísima vecindad, sino por lazos establecidos por la alta clase dirigente, México no aceptó nunca romper relaciones con Cuba, y ha mantenido con ella una línea aérea permanente. Llamándose el partido en el poder revolucionario —y heredero de una gran revolución popular, con caudillos muy populares—, no vacila en practicar un conservadurismo muy profundo y hasta muy policíaco (véase, en el número 547 de TRIUNFO, un extenso artículo de Pedro Altares sobre el México de hoy) y con niveles de represión, como la de la plaza de las Tres Cultu-

ras, que ningún otro país del mundo ha realizado con tanta sangre contra los jóvenes —casi niños— de la oposición contestataria. Hasta el punto de que es difícil de aceptar que el Presidente Echeverría, que era ministro del Interior durante la represión de 1968 —ha servido en ese ministerio durante diez años—, y que entonces encarceló personas que aún están en prisión, pueda ser árbitro o juez de democracias de los demás.

No lo es, en realidad, y es muy posible que en su fuero interno Echeverría hubiese deseado establecer sus relaciones con Madrid, si no fuese por el caso del «tabú» de la permanencia y mantenimiento de los principios y los dogmas y del peso de otros sectores de opinión dentro del país. Por otra parte, sin relaciones, sin embajadores, pero con agentes comerciales y representantes oficiales, México y Madrid mantienen desde muy antiguo relaciones muy amplias, que van desde lo comercial hasta lo puramente artístico —toreros, músicos, cantantes, actores—, y con visitas políticas mutuas más o menos visibles, pero siempre cordiales y con ánimo de ir a más.

En estos últimos años, sobre todo en estos últimos meses, se hablaba insistentemente en Madrid, y se sostenía en los periódicos de derechas de México, acerca de la posibilidad de un establecimiento de relaciones diplomáticas, que aquí se hubiesen considerado como inscritas en la última serie de aperturas que abarcan a países como Alemania Democrática y a China. La cuestión verbal suscitada en París por el Presidente Echeverría no ha dificultado la cuestión: no puede considerarse como una «gaffe» diplomática. Es solamente la expresión de que no son posibles por ahora, en vista de la fuerza del contencioso político existente. Tampoco dificultarán las relaciones invisibles, que no han cesado de mantenerse, y que resultan beneficiosas para los dos gobiernos. ■

JUAN ALDEBARAN.